

Leg 12

Paraph 10 to 21

936

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

del año académico de 1855 á 1856,

EN

LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

POR EL DOCTOR

DON VICENTE ASUERO Y CORTAZAR,

Catedrático de Terapéutica y de Materia médica.



MADRID :

Imprenta de JOSÉ MARIA DUCAZCAL , Plaza de Isabel II , núm. 6.

1855.

HTCA

U/Bc LEG 12-1 nc936



1>0 0 0 0 4 7 6 8 5 0

A

DISCURSO

[Handwritten signature]

EN LA SOCIEDAD INDEPENDIENTE

LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DEL DOCTOR

DON VICENTE ARBERO Y CORTAÑA

[Faint text, likely a subtitle or reference]

MADRID:

[Faint text, likely a publisher or printer name]

1878



Excmo. é Ilmo. Sr.

«Quo natura vergit
»eo ducendum.»

HIPÓCRATES.

QUIÉN ha llamado á las puertas de este Templo para rendir culto á su deidad en los altares de Minerva?

¿Quién poblará todas las aulas y, ansiosa del saber, escuchará la voz de sus maestros?

La juventud. Entre esta juventud, la que hoy espera el lauro prometido, la juventud sobresaliente, la que en público certámen acreditó su aplicacion y ha de brillar en el púlpito y el foro, en la tribuna y en la prensa, en laboratorios, hospitales, museos y concursos; doquiera que la patria reclame sus servicios ó necesite de su virtud y de su ciencia.

Con esta juventud asistirá también la que, inesperta, viene á matricularse de tropel, alborozada y bulliciosa, sin apenas recordar lo que fué ayer, ni inquietarse por lo que haya de venir en adelante.

¿Quién, además, y con la animación que el pueblo lleva siempre á donde va, acude hoy á este recinto, acompañando á esa bienaventurada juventud en su bautismo intelectual? Los padres y tutores de la misma; es decir, la más cordial y respetable autoridad de las familias.

Y ¿qué más se alcanza á ver en esas altas gradas, en medio de ese horizonte embellecido por tan vistosos ornamentos é insignias doctorales? Al Gobierno supremo del Estado que, tributando justo homenaje á la idea del saber y al progreso de las ciencias y las artes, viene á premiar sacrificios y desvelos, á congratularse por este aniversario, realizando, al propio tiempo, la solemnidad á que asistimos.

Pero escuchemos; que pronto va á resonar por este magnífico santuario la voz con cuyo aliento se encenderán, para lucir en muchas aulas, antorchas que apagó, fuera de tiempo, de improviso, el recio y crudo vendaval de una mortífera epidemia que ha enlutado á la humanidad con sus estragos.

Respondamos á esa voz que sella inviolables juramentos, haciendo tremolar con brio y nuevo lustre las banderas en que pacíficamente militamos, para llevar á la humanidad los grandes bienes creados para ella; esto es, las ciencias y las artes que, desarrollando su espíritu sociable,

multiplican sus goces, templan sus costumbres y hacen que dure, lo posible, el sueño de su felicidad en este mundo.

La patria bendice augusta y cordialmente esas banderas, ahora recogidas, y nos encarga su custodia. Ilustres manes de universidades españolas nos dicen, con su ejemplo, que, infatigables, volvamos por sus glorias..... ¡ Dichosos, los que, llevando mas altos sus pendones, tornen de la campaña inaugurada, mereciendo la estimacion severa de la historia!

Profundamente conmovido ante objetos, para mí, tan venerandos, voy á hablar.

¿Publicaré, con humildad mi, ya harto probada, pequenez?

Mas ¿á qué pregonar lo que se vé?

¿Os importunaré suplicando benignidad é indulgencia?

Pero, ¿á qué pedir lo que el saber y la cordura nunca dejan de otorgar á los que cumplen con un deber, por demás dificultoso, como el mio?

Vueltos los ojos ya, hácia esa juventud, cuya instruccion se nos encarga, *en su mente, en la mas ilustrada y reflexiva de sus padres, en esperanzas y temores* que ahora mismo deben fermentar secretamente entre unos y otros, buscaré el tema del discurso, y en su propio interés, la inspiracion.

No será culpa mia, si, llamada esta en mi favor, dejára de comparecer, sorda á mi ruego.

Y ¿cuál es el *pensamiento* que por su ya apremiante solución é indefinida trascendencia, absorberá en estos instantes el ánimo de muchos, reproduciéndose, y con grave pesar, todos los años, en solemnidades como esta? ¿Cuál es él que quisieran ver todos clara y distintamente definido, el padre como el hijo, el alumno como el maestro, el Gobierno como cada ciudadano? ¿Cuál es, por fin, el *pensamiento* que, acertada ó equivocadamente espuesto, decidirá de la fortuna próspera ó adversa, en los que con inspiraciones y aspiraciones diferentes, prosiguen ó comienzan sus estudios?

¡Jóvenes que con esa algazara estrepitosa anhelábais entrar en este sitio! ¿Os *matriculásteis* despues de haber hallado y delectado, *allá en la intimidad de vuestra alma*, los caracteres con que de un modo claro ó balbuciente vinisteis á declarararnos *vuestro ingenio ó vuestro número, vuestra aptitud intelectual y respectiva vocacion?*

¿Os habeis imaginado las tareas, los afaes, las inmensas dificultades que os aguardan?

Ya en el puerto, y á la vista de tanta nave empavesada, ¿sabeis á dónde va cada una? ¿Sabeis que, sea cual fuere la aceptada ó la escogida, y sin embargo de su piloto y de su brújula, y de sus áncoras y velas, sin *el ingenio* que plugo al cielo dar á cada uno, sin esa *estrella tutelar* del hombre que debe guiarle en su carrera, *matricularse*, es lanzarse en ese piélago, muchas veces insondable y tempestuoso, que se llama profesion, en ese vasto,

océano donde, para uno que navegue y arribe felizmente, hay tantos que á merced de Eolo y de Neptuno naufragan?

¡Padres de familia! ¿habeis, con el detenimiento necesario, meditado en lo trascendental que es el paso que van á dar de hoy á mañana vuestros hijos? ¿Sabeis, si al darle, ceden estos á su propia inspiracion ó á vuestro cálculo; á la evolucion espontánea y ya declarada de su ingenio, ó á vuestra sola, exclusiva y dominante voluntad? ¿Habeis inquirido, con la sagacidad indispensable, las causas, los motivos, *la historia* de esa idea que os decidió á imponer ó á refrendar *la aparente ó genuina vocacion* que empieza á constar en la matrícula?

Pues, reflexionad en que, cerrada que esta se halle, toda discusion sobre aquel fallo será intempestiva, cuando menos.

Sabed, empero, que de los muchos problemas de la higiene intelectual, pocos hay cuya resolucion sea tan árdua, como la de aquel en que nos proponemos descifrar, escudriñar ó discernir *la vocacion*, cuando esta late clandestina, misteriosa, imperceptible en nuestro ser; necesitando, quien haya de llegar á conocerla, la ilustrada cooperacion de inteligencias superiores y la ayuda de los experimentos y del tiempo.

¡Cuánta dificultad, en efecto, y cuánto escollo, no digo ya en la infancia ó en la puericia, sino en la misma aurora del primer lustro juvenil, para entre sus celages

vislumbrar aquel astro espiritual que tan encapotado y lentamente asoma, bajo esa bóveda, donde la inteligencia empieza á desplegarse!

¡Cuánta obscuridad sobre esa fisonomía intelectual, sobre esas facciones psicológicas, las comunes, por entonces, á toda nuestra especie; sobre esa estrecha y baja frente que nada reverbera; sobre ese rostro solo alegre, candoroso, sin surcos ni otras huellas que imprimirán las pasiones á su tiempo; sobre esa cara, en fin, tornasolada con el puro y encendido carmin de la inocencia y el fugaz colorido que le prestan tantos deseos y gustos transitorios, como chispean y se eclipsan, se encienden y se apagan en su naciente y voluble fantasía!

Sin embargo, la hora sonaba para todos, y variadas circunstancias os impelían á dar de un modo ú otro formulada aquella inspiracion ¡acaso vanamente interrogada, acaso sin exámen, sin conciencia, ni criterio declarada!

¡Felices, los que, interpretando decretos irrevocables y supremos, acierten con el rumbo que una voz elocuente les trazára; pero ¡ay de los que, sordos á esta voz como providencial eco del alma, ó desconsiderados é impacientes, se lancen por un equivocado ú caprichoso derrotero!

A muchos deberá alcanzar la compasion, siendo tantos los que creen inútil indagar las peculiares aptitudes para el estudio ó el cultivo de las ciencias ó las artes, puesto que, fieles ó sumisos á varias doctrinas filosóficas, entienden

que los hombres nacen todos con las mismas facultades é igualmente aptos para todo ; atribuyendo á su educacion, mas ó menos esmerada, y á otras circunstancias esteriores, las diferencias que en sus adelantamientos ó progresos respectivos puedan advertirse.

Contra esta opinion vamos á luchar, por mas arraigada que se encuentre en autoridades respetables.

Y ya que la fortuna nos ha colocado entre los maestros, y traído hoy á este lugar ; desde él, levantaremos nuestra voz para discutir esa grave cuestion, como preliminar de aquella otra, que tan preocupados tiene ya en estos instantes los ánimos de muchos.

El dia, la hora, la ocasion, esa numerosa, variada y selecta concurrencia, todo nos brinda á escoger por su interés palpitante, de actualidad y general, los puntos que vamos á plantear.

Los que van á comenzar ó á proseguir, desde mañana, su carrera, estan presentes ; á ellos es á quienes de lejos ó de cerca ha de interesar mas lo que digamos.

Sí: necesario es que, antes de penetrar por ese pórtico en los claustros y en las aulas de este gimnasio que hoy se abre, sepan que despues de un largo *noviciado* los aguarda la *profesion* y con ella el *juramento*.

Necesario es que les digamos que aquí se marchitará su juventud, si no tienen la fuerza ó el vigor que exige el cultivo de las ciencias.

Que reflexionen, que mediten, que vea cada uno si aquí podrá encontrar el pasto intelectual mas adecuado, ó si en vez de apétecer, elaborar y asimilarse el que reciba (por mas escogido que este fuere) gravitará repugnante, indigesto y estéril sobre su naturaleza antipática ó refractaria para él.

Hé aquí los temas acerca de los que girará nuestro discurso.

1.º *¿Nacen todos los hombres con las mismas facultades é igualmente aptos para el estudio ó el cultivo de todas las ciencias y las artes?*

2.º *¿Qué decide ó determina á seguir la carrera ó profesion que cada cual adopta?*

3.º *¿Por qué medios se podria conocer ó discernir el ingenio mas notable en cada uno, á fin de favorecer su desarrollo con la educacion profesional correspondiente?*

El orden ó el desorden, la coherencia ó incoherencia de sus actos, la superioridad como la medianía ó la inferioridad en las voliciones psicológicas, las categorías intelectuales, todo lo que hace tan diversa y diferente la inteligencia de los hombres, todo se ha tratado de explicar por la fuerza, ó delicadeza, ó perspicacia de los sentidos

«¿Nacen todos los hombres con las mismas facultades
«é igualmente aptos para el estudio ó el cultivo de todas
«las ciencias y las artes?»

No os fatigaré reproduciendo las doctrinas de psicólogos antiguos y modernos. Me limitaré á recordaros la conformidad de muchos para no ver en el espíritu del hombre mas que dos facultades, *el entendimiento y la voluntad*, ó sea la capacidad para recibir las ideas y la capacidad para experimentar diversas inclinaciones.

Tened tambien presente que en una ideología algo mas amplia, y muy en boga, se ha creido descomponer ó dividir la inteligencia en sus elementos cardinales, considerando en esta cuatro facultades ó potencias, *la de sentir, la de acordarse, la de juzgar y la de querer*.

Sin otros dones que estos, sin mas facultades, en úl-

timo resúmen, que la de *sentir*, modificada, transformada ó metamorfoseada en *sensaciones*, *recuerdos*, *juicios* y *deseos*, y la acción de los sentidos exteriores, se ha tratado de esponer la fisiología intelectual ó de explicar el espíritu del hombre.

El orden ó el desorden, la coherencia ó incoherencia de sus actos, la superioridad como la medianía ó la inferioridad en las voliciones psicológicas, las categorías intelectuales, todo lo que hace tan diversa y diferente la inteligencia de los hombres, todo se ha tratado de explicar por la finura, delicadeza, ó perspicacia de los sentidos exteriores, mas por la acción normal ó anormal, por el grado de fuerza ó de debilidad de aquellas únicas y abstractas facultades del entendimiento, tan menguadas en el número, como espléndidas en sus resultados y atributos. Recordad la *estátua de Condillac* en que está, como sabéis, simbolizada esta opinion.

Tened tambien presente que, de abstracción en abstracción, se ha llegado á reasumir la acción de los sentidos exteriores en la del tacto, así como la de las facultades intelectuales en la de la sensibilidad: que se ha atribuido á la mano del hombre, á la facultad de oponer el dedo pulgar á los demás, sus inventos y progresos en las ciencias y las artes: que se han explicado sus diversas capacidades, sus ingenios, su instrucción en las ciencias, su habilidad ó su destreza para las artes, por la perseverancia con que ejercia su atención en aquellas ó en estas,

por su temperamento físico, por sus necesidades, por el deseo de la gloria y la satisfacción de otras pasiones, por su educación, por el clima en que habita, por los alimentos y bebidas de que hace uso, por incidentes del acaso.

No negaremos el influjo que cada una de estas causas y todas ellas reunidas ejercen sobre el espíritu del hombre, dilatando ó reduciendo, según sus cualidades, la esfera de actividad en que funciona; pero distamos mucho de los que á ellas atribuyen *la creación de sus ingenios*.

La educación escita, despierta, reanima, dirige, perfecciona ó comprime y deteriora las facultades innatas; mas ni *puede destruirlas ni crearlas*.

A la limitada é imperfecta observación del hombre por el hombre mismo, en que se fundan aquellas doctrinas psicológicas, y á las hipótesis que dejamos indicadas, ha sucedido otra psicología cimentada sobre la Historia natural, la Anatomía, la Fisiología, la Higiene y la Patología; es decir, señores, sobre todos los datos que han brotado de las fuentes mas copiosas y fecundas, mas cristalinas y mas puras á que era necesario recurrir para analizar nuestras potencias intelectuales, afectivas é instintivas, para indagar cuáles eran los resortes con que el espíritu humano funcionaba.

Si cotejamos lo que los ideólogos enseñan con lo que la observación empírica refiere al hablar de las diversas

capacidades de los hombres: si nos dirigimos, por ejemplo, á una familia aislada y numerosa, y preguntamos á los Padres por las disposiciones ó aptitudes de sus hijos, nos dirán que son diferentes en cada uno.

Añadirán, que, diestros unos para los oficios ó las artes, son el reverso de otros solo aptos para el estudio de las ciencias. Os referirán, como sorprendidos, los progresos que hace uno en la escritura ó el dibujo, al paso que, torpe otro para este ó para aquella, ajusta sin error ni vacilacion cuentas muy largas, ó que embrollado fácilmente en la mas sencilla de estas, versifica de corrido y con una fluidez extraordinaria. Os designarán, por fin, la inclinacion natural de cada uno para ciencias ó artes diferentes. Y notadlo bien; el clima, la habitacion, el alimento, el género de vida y los ejemplos son iguales, sin embargo, para todos: todos viven sometidos á las mismas influencias exteriores y proceden de los mismos Padres.

Nunca los oireis calificar las aptitudes peculiares de sus hijos con palabras que representen ú os recuerden las facultades de que hablan los psicólogos. Jamás os definirán ó distinguirán sus aptitudes por *la prepotencia* de su memoria, de su juicio, de su voluntad, de su atencion ó de su imaginacion; es decir, por lo culminante de una ú otra de estas facultades consideradas *en abstracto*, de un modo absoluto ó general, sino espresando su *actividad aislada ó en conjunto* para ciencias ó para artes, para una ú otra de estas.

Si con el propio fin de estudiar al hombre, comparando lo que de él enseña la ideología, con lo que la observacion descubre en las aulas de todas las escuelas, de las universidades y colegios, preguntamos á los maestros por las cualidades en que se distinguen sus alumnos, nos dirán que, sin embargo de la uniformidad de la enseñanza, de regir el mismo plan y reglamento para todos, de ser uno el maestro y una la doctrina, y á pesar del castigo que se impone á los que con desigual aplicacion procuran cultivar estudios especiales ó no reglamentarios, es notable y muy característica la diferencia que se advierte en los ingenios de unos y de otros para el estudio ó el cultivo de las ciencias y las artes. Os hablarán de la precocidad, de la agudeza que algunos manifiestan para determinadas ocupaciones ó tareas, y de su rudeza ó torpeza mas ó menos invencibles para otras. Pero tampoco los oireis hablar de sus respectivas diferencias, fundándose para ello, en el *desigual predominio* de aquellas facultades psicológicas consideradas de un modo *abstracto ó general*, como en la ideología se describen.

Si, consultando las biografías de los hombres célebres en las artes y en las ciencias, haceis la misma indagacion: si buscáis en el predominio absoluto, general de dichas facultades la causa de la gloria que adquirieran, el motivo de su renombre; no vereis, ciertamente, que la historia perpetúe su memoria celebrando, en cada uno, el referido pre-

dominio, sino la enérgica y concentrada actividad de aquellas facultades al funcionar en la estension, *siempre limitada ó circunscrita* á su ingenio ó aptitud particular.

Si al criterio con que el sentido comun juzga de los contemporáneos atendemos: si escuchamos lo que dice al definir los atributos por los que cada uno se distingue ó sobresale, oiremos ensalzarlos con las mismas calificaciones ó palabras que los Padres de cualquiera familia aislada y numerosa, con los propios términos que los maestros ó directores de escuelas y colegios, con las mismas espresiones que los biógrafos emplean, *determinando, particularizando y distinguiendo*, sin ambigüedad, el ingenio ó aptitud de los hombres celebrados para tal ó cual ciencia, arte ó profesion.

Nunca se oye enaltecer ó ponderar su imaginacion ó su memoria, su sensibilidad ó su juicio de un modo general ó *para todo*. Las palabras filólogo, humanista, historiador, músico, poeta, pintor, matemático, astrónomo, físico, químico, metafísico, jurisconsulto, médico, naturalista, clasifican, segun los casos, las capacidades intelectuales respectivas.

Un criterio mas hondo, minucioso y acertado os dirá mas todavía; os revelará el mérito, no ya clásico, sino como genérico, específico ó individual de cada uno, los conocimientos en que realmente sobresalen el naturalista, el

jurisconsulto, el médico, cuyos talentos mas descuellan. Sí, mas os dirán los hombres entendidos y de su misma profesion, los que mas á fondo los conocen, los aptos para aquilatar la capacidad de cada uno. Os dirán, á no dudar, que el designado por la fama como naturalista, es zoólogo, mas que mineralogista ó que botánico; puntualizarán, acentuarán mas todavía su saber, declarándole medianamente en vertebrados, moluscos y zoófitos, bueno en la seccion de articulados, eminentísimo, tal vez, en la entomología, por ejemplo.

Aun podria continuarse en esta sucesiva graduacion.

Lo que decimos del naturalista es aplicable al jurisconsulto, como al médico, y á todos los demás. Tal es el hombre. Sí, por elevado que esté en el pedestal donde la fama le coloque, siempre hay que descender, y por muchos y muy altos escalones, si se ha de pesar con la balanza de la justicia su mérito efectivo y peculiar.

Aspirar á la perfeccion en todo ¡qué locura! á la perfeccion completa en todos los ramos de un arte ó de una ciencia, ¡qué insensatez, qué desvarío! Vana ilusion de aquella arrogante fantasía que, buscando la gloria en la omnipotencia intelectual, sueña plácidamente en conseguirla. Pronto, pronto despertará de aquel ensueño para forcejear estéril é impotente. Innumerables dificultades, obstáculos sin cuento la advertirán, de continuo, á cada paso, que nunca es accesible aquella fabulosa perfeccion.

Si con la antorcha de la historia natural, de la anatomía, de la fisiología, de la higiene y de la patología procuramos penetrar en ese laberinto del espíritu del hombre, descubriremos, con efecto, las facultades de que hablan los psicólogos; pero consideradas estas como radicales, únicas y absolutas, la inteligencia humana no sale de la obscuridad en que siempre se la ha visto sumergida.

¿Cómo llegar á comprender las diversas aptitudes, las inclinaciones diferentes, los progresos tan distintos que hacen los hombres en las ciencias y en las artes, con la misma educacion, bajo las mismas influencias exteriores, sin reconocer, al propio tiempo, una diversidad correspondiente en la respectiva dotacion con que nacieran de aquellas facultades? ¿Cómo explicar los hechos que observamos en el curso de todos los ingenios, sus ensueños, estravíos, delirios y parálisis, todo lo que á cada uno le constituye como es, sin admitir diversos agrupamientos en las ya mencionadas facultades?

En cada ingenio, pues, percibimos estas facultades como miembros integrantes, constituyentes de su sér.

Dotados de sensibilidad, de memoria, de juicio, de voluntad é imaginacion, desarrollan estas potencias de una manera diferente y adecuada á la índole ó naturaleza de sus operaciones y al objeto á que está predestinado cada uno.

En la hipótesis de que estas potencias fueran radicales, absolutas y las mismas para todas las funciones psicológi-

cas, sería de todo punto inesplicable la mayor parte de sus actos.

Sensibles son los sentidos exteriores, pero ¿quién ignora que todos no lo son á los mismos escitantes? ¿Quién confundirá la sensibilidad del sentido de la vista, con la del olfato ó del oído? ¿A qué aplicacion útil podria conducirnos en la higiene de los sentidos, la abstracta nocion que nos daria el solo saber que eran sensibles?

Hay en los ingenios aquellas facultades, pero *coordinadas y modificadas* á propósito, *en cada uno*, para dar por resultado *disposiciones, aptitudes y talentos especiales*.

Profundicemos algo mas esta materia para poner de manifiesto el origen de la opinion que sustentamos.

Si interrogásemos á los autores de psicologias antiguas y modernas acerca de las dotes necesarias para llegar, por ejemplo, á poseer el ingenio ó el talento de la música, nos dirian, que bastaria haber nacido con un oído bien organizado, impresionable, fino, tener la inteligencia característica del hombre, la comun á nuestra especie, mas la aficion, el gusto y el aprendizaje indispensables para cultivar las dotes referidas, haciéndolas hábilmente convergir al fin propuesto.

Procuremos demostrar la inexactitud de esta doctrina. ¿Qué ha enseñado la observacion? ¿Qué dice la experien-

cia? Que hombres de un oído bueno, fino, bien constituido y de una inteligencia cultivada, y hasta superior, han luchado estérilmente muchas veces para vencer dificultades, aspirando á la adquisicion del talento músico: que hombres alentados por triunfos científicos ó artísticos que alcanzáran sin esfuerzo, perfeccionando otros talentos, lejos de desmayar con su incapacidad somera, muy notable, para aquel, redoblaron con ahinco sus conatos, sin que de prolongados ensayos y fatigas recogieran otro fruto que, el de llegar á repetir, á deletrear con torpe, desabrida y desafinada incorreccion, composiciones que, con sobrado encanto y admirable agilidad, entonáran á su lado los maestros.

¿De qué sirve la mas obstinada aspiracion, de qué los maestros y lecciones, cuando no hay en nosotros el ingenio que nos proponemos cultivar?

Para que la verdad resalte del contraste, de la comparacion de hechos opuestos, contemplemos ahora al que, dedicándose al estudio de la música, sigue su genuina vocacion.

Figuráosle con menos sensibilidad, delicadeza ó finura en el oído que el primero. No oirá á tanta distancia como él, ni como la mayor parte de los hombres. Rudo, acaso, para las artes y las ciencias en que el otro descollaba, no habrá pasado nunca de mediano en todas sus escuelas. Sin embargo, suponemos que existe en él, latente ó manifiesto, el ingenio de la música.

Si, desconocido ó revelado ya este ingenio, la educacion le contraría ¿qué sucederá?

Subsistirá latente ó se marchitará, tal vez, si fuere débil, por falta de estímulos que puedan sustentarle. Pero si lozano y vigoroso se desarrolla enérgico su gérmen, posible será que, si no se le facilita su alimento, él se lo procure, y que á todo trance lo consiga.

La respectiva dotacion en sensibilidad y voluntad con que este ingenio crezca, decidirán de las provocaciones que suscite. Podrá estar constituido para la indiferencia ó para la pasion como para recorrer toda la escala potencial de aquellas facultades.

Cuando prepotente y voluntario se inaugure, en vano será luchar contra la vocacion inspirada por el mismo.

Ni el consejo ó mandato paternal, ni los ejemplos aducidos para probar la insensatez de aquella aficion irresistible, ni halagos ó promesas, ni amenazas ó castigos bastarán, por lo comun, á contener sus íntimas y reiteradas impulsiones.

Si dócil capitulare con la exigencia de sus padres, no durará mucho su triunfo. Pronto se le verá como arrasado hácia su pendiente natural, espiar al que le aceche, eludiendo su mas esquisita vigilancia para entregarse á la inclinacion predilecta, seductora, por demás irresistible.

Si, dejando insinuarse á su albedrío el ingenio de que hablamos, ó impulsando con la educacion su desarrollo, os

procurais informar de sus progresos, en estos vereis siempre perennes las huellas de su poder extraordinario.

Y no importa que, por la edad ó por lo apático y como inapetente del ingenio, deje este de mostrarse fuertemente atraído á los estudios y ejercicios que han de acrecentar su desarrollo, para que dejeis de admirar sus evoluciones portentosas.

Vedle, consideradle ya en su escuela y aun sin maestros ni libros é instrumentos adecuados. Figuráosle además, desaplicado, revoltoso, contando impaciente las horas de leccion y distraído en ellas por los juegos que proyecta para las de asueto que desea. Imagináosle en perpétua contradiccion con el maestro y los pasantes, renegando del encierro en que se halla y aburrido de no verle su fin. Mas, á pesar de todo, escuchad, escuchad á su maestro y camaradas de colegio: admirad, con ellos, los adelantos que va haciendo ese indómito escolar.

Os dirán que, siendo el último de todos para empezar el estudio de sus lecciones, es el que mas pronto las aprende.

Si asistís á los ensayos en que todos se ejercitan, á la vez, le vereis enmendar, corregir á los demás, pasar por las dificultades, en que todos tropiezan, recreándose ó divirtiéndose al vencerlas. Le vereis inventar reglas, aplicarlas con procederes que nadie le ha enseñado, anticiparse á los preceptos, sin saber cómo adivinarlos.

Y no atribuyais á la educacion lo que no es suyo; ni le preguntéis si estudió mucho, si adquirió lo que sabe,

tonos, compases, cavatinas, piezas coreadas, el código de tantas melodías y armonías, á fuerza de aplicacion y de trabajo, de tiempo, de paciencia, de tanteos, de ensayos, de lecciones, de libros y maestros, y demás auxiliares del ingenio, no. Su tierna edad, en muchos casos, su corto aprendizaje, la altura en que rayó desde el primer vuelo de su ingenio, contestarán por él, y de un modo negativo á las preguntas referidas.

Si le hablareis de tiempo y de paciencia; si, admirando sus progresos, le ponderareis sus esfuerzos, no os comprenderá; no os comprenderá, señores, porque el ingenio, sobre todo cuando es *íntegro, completo y muy sobresaliente*, es mentor de sí mismo, y porque en sus evoluciones y en sus giros, al componer y al espresar en su idioma lo que piensa ó lo que sabe, jamás siente el contrapeso del trabajo, sino el purísimo incentivo y el deleite que acompaña al ejercicio de un sentido que funciona ágil y vigoroso en su elemento.

Me explicaré.

¿Veis como sin esfuerzo ni molestia nos hallamos por medio de los sentidos exteriores en grata y placentera relacion con los escitantes que tanto multiplican nuestros goces? ¿Veis, como abiertos los ojos penetran hasta el alma tantas y tan variadas percepciones suministradas por la vista en la contemplacion del universo? ¿Veis como tantos rayos de luz directa, refleja y refractada, pueden dejarnos ver el firmamento, el sol, la luna, las estrellas, el azul que hay

en su fondo, sus nubes y arreboles? ¿Veis como, esparciendo despues vuestras miradas por un bello paisage, gozais de todos los encantos que os ofrecen sus montes y sus llanos, sus rios y cascadas, sus valles y praderas? ¿Veis como por el claro-obscuro de todos los objetos, por sus distintos coloridos y sus sombras, los vais conociendo y aun midiendo las distancias respectivas á que se hallan? ¿No veis cuánto misterio, cuánto arcano del mundo se os revela con la óptica natural de aquel sentido?

Pues decidme, ¿qué trabajo, qué esfuerzo, qué aprendizaje, qué fatiga os ha costado la adquisicion de tantas sensaciones, de tantas ideas, de tantas fruiciones como han inundado vuestra alma?

¿Qué hicisteis para aprender y gozar tanto, para medir tantos espacios, para no confundir tantos objetos, para distinguir á tantos seres, para inquirir tantos secretos de la física?

Nada mas que abrir, y sin saber cómo, los ojos, ó dejar que la madre naturaleza os los abriera. Y, de cierto, si en ellos no habia alguna opacidad; si entre su orgasmo y el lumínico, habia las íntimas, proporcionadas y convenientes relaciones, os bastó aquella instantánea operacion para descubrir una tras otra tanta maravilla.

¿Hicisteis mas que someteros, que entregaros al decreto providencial que, creando la luz, os organizó tambien para sentirla?

Pues eso, ni mas ni menos es lo que hacen los ingenios,

cuando fuertes, vigorosos y lozanos se levantan para abrirse como una flor que radiante y perfumada descuella en su capullo sobre la verdura uniforme de los prados, ó entre las espigas de las mieses.

Considerad, ahora, el sin número de impresiones, de ideas, de juicios y deseos que la accion de los demás sentidos exteriores determina, las leyes de la Física y la Química que su ejercicio nos revela, y dilatareis, si os place, el campo de las semejanzas perceptibles entre el modo de actuar de estos sentidos y el de los ingenios que, como *sentidos intelectuales*, comprendemos.

Es, pues, *el ingenio* que nace y crece *íntegro*, *sobresaliente* y con *armónica proporcion* en sus potencias, *el sentido intelectual mas acabado*, *mas ágil*, *mas esperto*, por el cual se distingue, el que en mas alto grado le posee, de la multitud que le recibe como en estado de *embrion*, para así transmitirle y perpetuarle en nuestra especie. Es la estrella tutelar del hombre, la que mas brilla ó centellea en su alma. Es aquel *entendimiento ó talento* adecuado y circunscrito á una série de ideas que en su generacion y en su conjunto constituyen artes ó ciencias diferentes. Es aquella inteligencia desde cuya intimidad se reverberan ó reflejan, como en su miniatura ó simulacro original, *todas las facultades intelectuales* que los ideólogos han reconocido en el espíritu del hombre, pero de un modo lamentablemente defectuoso por lo absoluto y general para explicar todas sus voliciones y talentos.

Y no creais, por esto, que yo vaya á engolfarme con el muy célebre autor de la organología cerebral, con Gall y sus discípulos, en nociones harto cuestionables, por demás controvertibles, en pormenores ó detalles anatómicos, en réplicas y argumentos que hieran al espíritu con los ásperos acentos, con las duras vibraciones y broncos elaterios de un materialismo insostenible; no, no es este el caso. Dejemos para el anfiteatro el escalpelo. La induccion será, por hoy, el único instrumento de cuya punta y filo nos valgamos. Si con aquel se puede disecar, con este puede separarse sin seccion ó cortadura lo que tan estrechamente unido se presenta.

Para saber que un animal tiene memoria ¿será indispensable el inquirir ó averiguar el punto en que reside esta preciosa facultad? ¿Tiene recuerdos? ¿Los muestra á su modo y cuando puede? ¿Huye, por ejemplo, del que le castigó, como para eludir la repeticion del mal que asocia á su presencia? ¿Se reproducen ó renuevan en él las sensaciones que caricias de otro tiempo suscitaron y se acerca al dispensador de estos halagos como para solicitar que se repitan?

Pues, si esto vemos en un sér, de mas estará la nocion anatómica ofrecida para comprobar la ya patentemente demostrada por la fisiología y la induccion.

Si vemos que la luz, el ruido ó los aromas, escitan, recrean, perturban ó remueven á otros séres, cuando se hallan en la esfera de actividad de los agentes mencionados; que

cesan las escitaciones provocadas cuando cesa la impresion que las causaba, ¿esperaremos para reconocer en estos seres sentidos especiales á que el anatómico demuestre con su tosco escalpelo ú con su lente tan opaca, lo que acaso será siempre y por siempre indemostrable, lo que ve sin uno y otro, y con bastante claridad, el espíritu del hombre con el telescopio que le presta la induccion?

Al considerar la imaginacion como facultad constituyente é integrante de cada uno de los ingenios, nuestra opinion se acerca á la de Gall sin llegar á confundirse con la suya. Limítase este autor á definirla, diciendo que es *la potencia creatriz* correspondiente á las facultades que él admite en el espíritu del hombre, y añade que «la imaginacion del sentido de las localidades *crea* paisages; que la del sentido de los tonos *crea* la música; que la del sentido de la cantidad *crea* los problemas y que la del mecánico *crea* máquinas.»

Sabido teneis ya, que para muchos, no hay imaginacion sino donde hay poesía ó bellas artes, y que hasta pasan como desapercibidos, entre algunos, los actos de aquella encantadora facultad, cuando no se engalanan con el verso sus productos.

Imaginacion vemos nosotros en Newton y en Cervantes, en Franklin y en Quevedo, en Bufon como en Liebig, en San Agustin como en Hipócrates. La vemos en la ley de cualquier código, en el principio fundamental de una

doctrina ó de un sistema; en la arenga del general y en la plegaria del penitente; la vemos y hercúlea, formidable, estrepitosa, en la veloz locomotora; infernal y centellante en su caldera y previsora en los tubos y válvulas de aquella. Vémosla en la estructura ó maquinaria de un reloj, en la de un telégrafo eléctrico. La vemos en la rosca de Arquímedes, en la cerradura de una puerta y hasta en la construcción del mas simple tornillo. No hay ingenio que no tenga la suya. El orador la descubre en lo que dice *y tambien en lo que calla*, y la manifiesta con su voz, con su palabra y con su acento; el pintor con su paleta; el escultor con su escoplo y su cincel; el escritor con su pluma; el artesano con su lima, su gubia ó su barreno.

Mas, sin embargo de poseerla todos los ingenios, de no ser esta facultad esclusivo patrimonio del poeta; distamos mucho de la opinion del fisiólogo citado, al definirla como una potencia creatriz de nuestro espíritu.

Segun nuestro modo de pensar, la imaginacion es *la facultad de inventar y combinar* que poseen todos los ingenios; pero no su *potencia creatriz*, como él la denomina. Es la facultad que tiene cada ingenio de *abstraer* y de *concretar*, de substraer mentalmente cualidades ó propiedades de los seres que están en su dominio, para luego concretarlas y formar con ellas lo que se llama un *ente de razon*, una entidad intelectual, una combinacion original, tipos en fin, de belleza ó de fealdad mas ó menos atinados ó perfectos, segun el criterio con que dichos tipos fueron

concebidos, espresados, ó ejecutados por su autor ó por su artífice.

La imaginacion es la *potencia* que ejerce la *intuicion* ó la vision intelectual: es (permítasenos esta palabra) la facultad que tiene cada ingenio de *adivinar*, en su elucubracion, por unos hechos otros hechos, y la de metamorfosear al infinito lo existente, realizando combinaciones acertadas ó desacertadas.

¿La Astronomía, las Matemáticas, la Música, la Pintura, todas las ciencias y las artes, son creaciones de los ingenios de los hombres?

Entendámonos: son obras del ingenio el tecnicismo, los procederes y los métodos, las teorías y sistemas que en su conjunto representan las ciencias y las artes, como espresion de los hechos que á unas y á otras se refieren. Pero los hechos que son, ó deben ser, su punto de partida y como el centro á donde todas deben convergir, no son creaciones de este ú otro ingenio ó de la imaginacion que cada cual posee.

Los hechos que constituyen la parte fundamental, esencial, imprescindible de las ciencias y de las artes, estan en la naturaleza, así como el órden con que existen en el código universal inaugurado al decretarse su misteriosa creacion: código supremo, inviolable, cuyas leyes imperan en siglos tras de siglos del modo fijo, constante, irremisible que por todas partes observamos.

Bastante hace el hombre con inventar palabras que

espresen los hechos que percibe y sistemas que los clasifiquen y agrupen, substrayéndolos de las combinaciones en que se hallan para poderlos estudiar simplificados por la análisis.

Bastante hace con representar los hechos mediante fórmulas que, despejadas con un artificio maravilloso, nos llevan, como de la mano, como por su propia virtud y economizando esfuerzos de memoria, á los mas elevados pensamientos, á resultados, tal vez, inaccesibles sin aquellos signos, proporciones y ecuaciones que tanto sirven para hablar, como ayudan á pensar.

¿Decíais que los ingenios creaban las ciencias y las artes, que en ellos residian los gérmenes de aquellas? Pues rectificad este concepto. Su mision no es crearlas, sino descubrir los hechos que las forman y leer con su sentido *intelectual* las leyes que los rigen, traduciéndolas despues del código universal en que las halla, á un idioma inteligible para todos.

¿Dudais de la exactitud de mis asertos? Pues contestad. ¿Qué ha creado el físico al formular la velocidad con que los graves atraviesan el espacio? ¿Ha hecho mas que traducir al tecnicismo de la física hechos preexistentes, irremisibles, subordinados á una ley estampada, y con caracteres indelebles, en el código universal?

¿Creó el físico esos hechos? ¿Está á su albedrío la ley que los gobierna ó los dirige?

Quando el químico investiga las recíprocas afinidades

de los cuerpos; cuando las formula con todas las circunstancias que favorecen ó impiden, que apresuran ó retardan las combinaciones que aquellas determinan ¿qué hace sino copiar de la naturaleza los hechos de la misma?

Cuando nos dice el matemático que dos mas dos son cuatro; que el producto no se altera aunque se invierta el orden de sus factores, cuando nos prueba que los ángulos alternos y correspondientes son iguales, ¿hace mas que espresar las leyes que rigen para la cantidad y para los espacios circunscritos en determinadas condiciones?

Cuando el naturalista clasifica, ordena, especifica ó individualiza, fundándose en los caracteres ó atributos que encadenan á los seres segun sus analogías, semejanzas ó diferencias respectivas ¿qué hace sino agruparlos buscando sus naturales conexiones, sus vínculos propios y comunes para reconocerlos fácilmente en medio de esa dispersion en que los vemos?

¿Creeis que el músico, el pintor, el poeta, ejercitan su ingenio respectivo en espacios ilimitados, sin regla ni valladar que los detenga? ¿que viven con albedrío absoluto en sus regiones; que no hay en sus dominios hechos circunscritos, como en el mundo material, hechos que el ingenio no puede ni crear ni aniquilar; hechos que nacen, crecen, se reproducen y giran cada cual en la órbita que tienen prefijada? Pues no, el músico, el pintor y el poeta, no hacen sino contemplar al universo cada cual por la faz que á su ingenio corresponde.

Canta el músico con sus arpas y sus liras dirigido en las elucubraciones de su arte, por la ley inflexible de los tiempos, compases, tonos, partituras y demás que constituyen el código de infinitas melodías y armonías; código en donde tiene que leer, cuando compone, para no infringir las reglas que él ordena.

Atiende y se somete el pintor en sus bocetos ó en sus cuadros á la medida que marca las distancias, determina los espacios y fija el claro-oscuro de las formas. No dispone de los colores á su antojo, ni salpica con ellos las figuras, haciéndolos caprichosamente resaltar. Debe de copiarlos como el natural se los presenta y segun la óptica con que en el modelo se reflejan, refrigen ó refractan.

Para cada pasion ó sentimiento, segun que este sea, heróico ó plebeyo, patético ó alegre, generoso ó vengativo, satírico, burlesco, epigramático que el poeta ha de espresar, necesita de instrumentos ó de versos, de galas y de entonaciones diferentes.

¿Dónde está, pues, ese libre albedrío, esa licencia indefinida y caprichosa con que muchos han supuesto que las musas componian? ¿Dónde esa *potencia creatriz*, esa facultad *para sacar algo de la nada* atribuida á los ingenios?

Dedúcese de lo espuesto que *la imaginacion no es una facultad única, absoluta y solidaria, ni una operacion intelectual sin reglas y condiciones prefijadas.*

La observacion descubre esa facultad *en cada uno de*

los ingenios; pero sin ser la potencia creatriz que se supone. Inventa, compone dicha facultad, abstrayendo y concretando; la análisis y la síntesis son sus dos palancas naturales. Abstrayendo y concretando, se representa á veces, la verdad, *sueña con ella*, aun antes de verla y de palparla en todas las séries de los hechos, donde la ha escrito y repetido el Hacedor.

Abstrae para concretar en un principio general ó en una fórmula, y si, contando despues los hechos, ve su conformidad con el principio ó la fórmula estampada; ó si, sin verlos todos, ni contarlos, averigua, llega á percibir su indispensable conexión, ó afinidad, ó su antagonismo forzoso, imprescindible, *la íntima nocion de lo que los produce y determina*, da por supuesta y necesaria la ley que ya ha observado, y la escribe en la ciencia ó el arte que profesa.

Si la imaginacion fuera una sola potencia ó facultad intelectual, Rafael de Urbino hubiera podido ser un dia Rafael y otro dia Homero; pero semejantes transformaciones ó substituciones son contrarias á la esperiencia. La mano que trazó el cuadro de la Transfiguracion se hubiera paralizado en el primer verso de la *Iliada*.

Reflexionad sobre los ejemplos y razonamientos consignados á fin de probar la pluralidad de los ingenios y el curso, hasta cierto punto, independiente de cada uno.

No olvideis, para convenir en estas aserciones, que el

hombre dotado de un ingenio muy sobresaliente, le manifiesta como es y antes de que la educacion haya podido fecundarle.

Recordad tambien que ni la educacion ni la mas obstinada voluntad pueden desarrollar el talento á que se aspira, cuando la naturaleza dejó de conceder la aptitud necesaria para este.

Observad lo que ocurre en los ensueños, cuando al reposar muchas facultades del espíritu, hay otras que desveladas continúan funcionando y haciéndonos sentir, juzgar, querer é imaginar, cada cual, en el círculo de sus atribuciones respectivas. No olvideis, á propósito de este hecho, los curiosísimos fenómenos que el somnambulismo permite ver en muchos casos.

Considerad que las aptitudes para las ciencias y las artes no se desenvuelven todas á una edad ó al mismo tiempo, y que las hay como características de uno y otro sexo.

Tened presente que, si en la inmensa mayoría de los hombres es difícil el cabal discernimiento de los ingenios que poseen, así por no carecer de alguno de estos, como por no sobresalir parcialmente en su ejercicio, cesa la dificultad para llegar á columbrar dichas potencias, desde el momento en que, fatigada su inteligencia por una ocupacion, resolviendo, por ejemplo, problemas matemáticos, busca el descanso y le consigue, discurriendo sobre cuestiones de naturaleza diferente; esto es, distrayendo, fijando el or-

gasmó intelectual en otras regiones que las antes ejercitadas, acaloradas y rendidas, haciendo que alternativamente oscile su actividad intelectual por diversas facultades ó potencias.

¿Cómo sin la pluralidad é independencia, con que, hasta cierto punto, funcionan los ingenios, podría comprenderse aquel desvanecimiento de un cansancio en nuestro espíritu, con solo distraer su actividad, llevándola hácia otras ideas, juicios ó meditaciones diferentes?

¿Serian posibles estos hechos, siendo una la facultad de discurrir y la misma para todas las ideas?

Traed á vuestra memoria, finalmente, las singularidades, irregularidades, anomalías y caprichos, las imbecilidades circunscritas ó parciales, así como las monomanías ó delirios que versan sobre determinados grupos de ideas, en tanto que los mismos individuos, cuya inteligencia así funciona, la muestran tan regular y tan conforme al sentido comun, en otros muchos actos, y no tardareis en persuadiros de la exactitud de aquellas aserciones.

Meditad, por último, en esa degradación intelectual que la locura determina por el órden con que sucesivamente va atacando y destruyendo las facultades del espíritu, y reconocereis, á no dudarlo, la inexactitud de aquellos sistemas psicológicos que tan menguadas ó escasas facultades pudieron descubrir en la humana inteligencia.

Convengamos, pues, con los ideólogos en que, para

:

ser músico y músico compositor, el dotado de este ingenio necesitará *de la sensibilidad, de la atención, de la memoria, del juicio, de la voluntad y de la imaginación.*

Pero, si observais que la sensibilidad de los hombres no se escita, como tampoco su atención, con unas mismas impresiones: si veis que son naturalmente muy sensibles para unas é indiferentes para otras: que el guerrero contempla impávido, tal vez, los despojos de un campo de batalla y se conmueve y llora con un verso del Petrarca: si advertís que el hombre dotado del ingenio matemático muestra una atención sostenida, casi infatigable, en la resolución de sus problemas, mientras que no puede fijarla, mientras que se le desvanece á cada instante, si la aplica á objetos que no incumben á su ingenio: si observais que la memoria no es igualmente fiel para toda especie de recuerdos: que hay hombres que no olvidan el camino que han andado una vez, ó la fisonomía que vieron de paso ó al soslayo, en tanto que no pueden recordar ni el nombre que repetidas veces oyeran del primero, ni el de la persona cuya fisonomía pudieran retratar estando ausentes: si observais que de entre los concurrentes á una ópera hay quien, sin haber estudiado nunca música y sin previos ensayos ú ejercicios os repite alegros, andantes, duos, largos trozos de la que oyó en momentos casi indivisibles y fugaces, mientras que otros, con nociones del arte y asistiendo muchas veces al concierto, no recuerdan ni tararean un frag-

mento ni una nota, recitándoos, acaso, testualmente el capítulo ó discurso que leyeron ó escucharon una sola vez: si notais que en los primeros años de la vida hay quien aprende de memoria, sin comprension y sin esfuerzo, fábulas, cartillas, catecismos, cálculos, problemas y hasta libros escritos en idioma para él desconocido, careciendo de otras especies de memoria; si observais la rigurosa dialéctica con que los hombres juzgan en todo lo relativo á su aptitud particular, la sagacidad con que el poeta, el artista, el matemático, el astrónomo, el filólogo discurren acerca de las obras de su ingenio respectivo; el criterio profundo, trascendental, casi divino, con que las describen, definen y valoran, y la mundanal vulgaridad con que piensan fuera de su círculo, cuando no giran en su órbita sublime; si observais que la voluntad es constante, tenaz, hasta la pasion y sus delirios, para desear determinadas impresiones y que los deseos son tibios, veleidosos ó que faltan del todo para otras; si observais que, aun siguiendo su genuina vocacion, y por mas que se apliquen con ahinco, algunos hombres, se limitan á repetir puntual y servilmente lo que sus maestros les enseñan; sin añadir ni comentar, ni modificar, ni progresar en la ciencia ó el arte á que viven consagrados, mientras que otros se encaraman desde luego á las regiones de la análisis, de la abstraccion y de la síntesis, mientras que no se ven una vez impresionados sin fecundar en el acto la idea ó percepcion que recibieran; si, intimándoos mas y mas en la

investigacion de cada ingenio, observais la impresionabilidad y susceptibilidad con que se muestra segun los individuos, su estado habitual de exaltacion ó de apatía, el criterio exacto y repentino, ó embrollado y tardío con que se insinúa en cada cual, la desigual voluntad ó inclinacion con que se ejerce, su diferente capacidad para la reflexion y la inventiva; si observais que, sin embargo de componerse los ingenios de facultades ó potencias hasta cierto punto semejantes, las posee cada uno con índole apropiada á la funcion que desempeña y en diversas proporciones; que estas no se corresponden por su vigor y agilidad, que no estan equilibradas; si observais, finalmente, en el nacimiento, giros y enfermedades de todos los ingenios, esas evoluciones y al parecer anomalías, las mismas que se advierten en la série de vesanias; si veis coincidir la exaltacion de una de aquellas facultades con la funcion normal de las demás ó con su sensible apagamiento, el trastorno, la perversion, el delirio parcial ó general, su enagenacion monomaniaca, con su parálisis, su imbecilidad ó su estincion, ¿qué deducireis, Señores, qué deducireis de estos hechos observados, confesados, publicados, reconocidos, como exactos, por los fisiólogos, por los médicos, por todos los observadores de la especie humana y hasta por el sentido comun que los pregona en los cantares y refranes que son sus aforismos ó apotegmas?

Deducireis indudablemente:

1.º Que las facultades fundamentales del espíritu humano son innatas; que son innatos los ingenios y atributos de la comun inteligencia, aunque distribuidos en diversas gradaciones.

2.º Que la análisis descubre en cada ingenio una sensibilidad adecuada á sus escitadores peculiares; una facultad de juzgar para comprender las relaciones que existen entre aquellos; una memoria para recordar sus impresiones; una voluntad para desearlas y la imaginacion ó la inventiva que constituye, en la escala de su mayor actividad, la intuicion ó vision intelectual, la inspiracion ó lo que impropiamente llaman genio creador, existiendo todas estas facultades en proporcionado ó desequilibrado desarrollo.

3.º Que hay, con efecto, en el espíritu del hombre, considerado de un modo general, esas facultades psicológicas de que hablan los ideólogos; pero que no existen solidariamente, sino multiplicadas, repetidas y diversificadas para cada uno de los ingenios: que existen, sí, las facultades mencionadas, pero constituyendo en cada ingenio como un simulacro ó una síntesis de aquella inteligencia psicológica, como un entendimiento y voluntad en miniatura.

4.º Que ni la sensibilidad, ni la atencion, ni el juicio, ni la voluntad, ni la imaginacion (consideradas estas facultades en abstracto), ni la educacion, ni el temperamento,

ni el clima y demás circunstancias exteriores, tienen la virtud de crear á los ingenios: que el influjo de todas estas causas se limita, cuando obran sobre ingenios preexistentes, á escitarlos y robustecerlos, dirigiendo, armonizando y regularizando sus funciones.

Si en la inteligencia del hombre solo hubiera las facultades intelectuales que los ideólogos describen: si de ellas dependiese la capacidad de cada uno: si su facultad, por ejemplo, de juzgar, fuere como *solidaria, única, absoluta* para entender en todos los juicios ú operaciones respectivas, tendria aquel *igual aptitud, la misma comprension,* para juzgar en todas las artes y las ciencias. Aplicada dicha facultad á estudios diferentes, y con igual ahinco en todos ellos, para todos mostraria igual disposicion ó agilidad.

No veríamos entonces en los hombres esa mezcla pasmosa, ese contraste que por doquiera nos presentan de sublime y de ridículo, de grande y de pequeño, de comun y de extraordinario. Tendríamos motivo para esperar de su razon la misma rectitud al querer justipreciar todas las cosas, suministrándoles los datos necesarios para elaborar sus pensamientos ó sus juicios.

Pero vemos que no sucede así: que el predestinado para ser músico ó poeta, ó astrónomo ó geógrafo, ó naturalista ó metafísico, se eleva poco ó nada, cuando pretende cultivar el talento para que no tiene su ingenio ó su aptitud correspondiente; vemos que solo manifiesta sensibilidad es-

quisita, atención concentrada, criterio, fidelidad en sus reminiscencias y decidida inclinación, cuando ejerce todas estas facultades, así como las de abstraer y de concretar en las regiones del ingenio que posee.

Leed sus escritos; escuchadle cuando habla; vedle obrar cuando no sale de su órbita, cuando se mueve como el águila ó el pez en su elemento respectivo y os sorprenderá, os admirará la lógica, *como instintiva*, con que piensa y el tino mental que le conduce; mas llevadle, en seguida, á otro terreno; procurad hacerle sentir ó discurrir como poeta, siendo matemático, y cambiareis la escena, por regla general.

Dícese, sin embargo, que hay hombres á quienes la naturaleza prodiga con generosidad escepcional todos sus dones, talentos universales, absolutos; mas esta opinion no la confirman los ejemplos que de ella se señalan en la historia.

No es lo mismo brillar como filósofo, historiador, poeta, literato y en una que otra ciencia ú arte, que ser la enciclopedia de todos los ingenios y talentos.

Facultades perceptivas y reflexivas desarrolladas y medianamente cultivadas, algunas dotes teatrales y oratorias pueden, cuando en un hombre se reúnen, darle la aptitud que es necesaria para simular ó fingir varios talentos, para hablar con gracia, encanto y chiste de artes y de ciencias. Pero ¿cuánto no va de representar un talento á poseerle?

Lo que va de la realidad á la apariencia, del objeto á su imágen, de un héroe encumbrado en su apoteósis, al histrion que con su mímica y palabras procura remedarle. Semejante grado de capacidad es ideal. Subid, subid á Napoleón I á la tribuna; llevad á Austerlitz á Ciceron, y vereis á esos portentos que nacieron para reinar con la espada el uno y con la palabra el otro, eclipsarse fuera de su puesto en el polvo de la multitud.

II

«¿Qué decide ó determina á seguir la carrera ó profesión que cada cual adopta?»

La voluntad insinuada ó inculcada por los padres á sus hijos; la caprichosa eleccion de estos ó su genuina inclinacion hácia estudios ó tareas especiales.

¿Y cuáles son los fundamentos de estas voluntades no siempre razonables?

Difícil sería el abarcar con su espresion las numerosas y variadas circunstancias que influyen en los padres, al inspirar á los hijos su deseo para que sigan una ú otra carrera literaria ó profesion.

Quien, por haber escogido la mas adecuada para sí, deseára que todos sus hijos la siguieran, satisfaciendo con esto simpatías, gratitudes, esperanzas, y creyendo

utilizar mejor, al propio tiempo, sus libros, aparatos, colecciones, instrumentos, la propia reputacion que él adquiriera, su esperiencia profesional, y hasta su mismo ascendiente sobre aquellos compañeros de carrera, entre quienes cuenta hallar los amigos mas dispuestos á ser, en el caso de orfandad, tutores de sus hijos, sus padrinos de grados académicos, depositarios, como lo son estos amigos, de todos los secretos é íntimas tradiciones de familia.

Agréguese, á lo espuesto, la mas fácil y protectora vigilancia del alumno, cuando le es aun tan necesaria, y la posibilidad de dirigirle, á poca costa, en sus estudios y la de poder graduar sin equivocacion ó sin engaño los progresos que en ellos fuere haciendo, y habremos comprendido muchas de las razones en que puede fundarse la opinion que ahora examinamos.

Quien, al contrario que el primero, por haber desacer-
tado en el arte ó profesion que ejerce, y percibiendo á todas horas sus contínuos y repugnantes sinsabores y mirándolos como estrechamente ligados con la carrera que adoptó, se esfuerza, cuanto puede, por ahuyentar de sus hijos el propósito de seguir, en este punto, las huellas de su padre, afanándose, tal vez, por inspirarles la genuina aficion que á él le domina hácia estudios ó tareas, que le absorben y distraen en los ócios de su vida, errada segun lo fué su vocacion.

Quien, gratamente impresionado por la felicidad que ve reinar en tal ó cual familia, por el regalo y lustre con que vive, y atribuyendo, *incautamente*, lo que es obra de la fortuna, del carácter, del talento, de indefinidas é indefinibles circunstancias á la profesion ó al arte que ejerce el gefe de esa familia tan dichosa, se imagina que seguir su misma profesion es ponerse en el camino por el cual podrán hallar sus hijos toda la felicidad que, como padre, les desea.

Quien, por solo oír balbucear á sus hijos el nombre de determinadas profesiones, por oírles espresar su inclinacion al estado regular, al arte militar, á la jurisprudencia, á la medicina, y sin trascender en el exámen de sus dichos, sin inquirir las causas, tantas veces efímeras de estos, entiende que su deber, siendo padre, es someterse, como á una decision providencial, al mas obediente cumplimiento de aquellas palabras ó espresiones, *cuyo sentido ignora muchas veces*, quien tan estemporáneamente las pronuncia.

Tan determinado y pujante se muestra *el ingenio* en uno que otro caso, que, advertido por todos, se le atiende, obedeciendo sin vacilar á su impulso natural.

Dejemos aparte, prescindamos de las instigaciones que el orgullo ó la vanidad suscitan á las veces en los ánimos de aquellos que á todo trance aspiran á ver encumbrados

á sus hijos sobre tal ó cual categoría ó dignidad; cálculos de familia relativos á facilitar la carrera de unos hijos con el auxilio que la de otros pueda darles, y habremos, aunque rápidamente, bosquejado las causas de aquellas voluntades paternas que nos propusimos indicar.

Veamos ahora los motivos que influyen en los hijos al espresar lo que, abusando del lenguaje, se suele llamar *su vocacion*.

Casi sin esperiencia propia y con tan limitado conocimiento de la agena; en la edad mas dócil y flexible al mandato ó al consejo; cuando tantas y tan variadas impresiones pueden ahogar su naciente y genuina vocacion, no será extraño que á la frase trivial, *¿qué quieres ser?* oigais al niño contestar, ó con la voluntad ya espresa de sus padres, ó con una série de palabras ó conceptos chocantes y risibles que os revelarán la incoherencia y versatilidad de todas sus ideas en este grave asunto.

Si mas adelante, en edad ya juvenil, le dirigís igual pregunta, responderá ora con la voluntad insinuada ó inculcada por su padre, ora con la originada de su aptitud particular; cuando no con la inclinacion inspirada por aquel de sus amigos de la infancia que, ejerciendo en su tierno corazon mas ascendiente, le atrae, por simpatía en los afectos, hácia aquella region de las ideas á donde este va á lanzarse.

Ved el origen de ese *Sí de los niños y de los jóvenes*,

no menos equívoco á las veces en sus labios que en aquellos donde le puso el inmortal Leandro Moratin, al enriquecer nuestro teatro con una de sus mas preciosas joyas literarias.

Y ¿son estas las causas, los motivos y razones en que debe fundarse únicamente nuestro juicio al fallar en un asunto de tanto interés y trascendencia?

Respondan por nosotros los muchos desafortunados que se ven por solo haber errado su genuina vocacion.

III

«¿Por qué medios se podría conocer ó discernir el ingenio mas notable, en cada uno, á fin de favorecer su desarrollo con la educacion profesional correspondiente?»

Siendo los ingenios facultades fundamentales é innatas del espíritu humano, puede establecerse, como regla general, la aptitud de los hombres, aunque solo mediana y diversa en cada uno, para el estudio de las ciencias y el cultivo de las artes.

Con un laconismo defectuoso espresa esta opinion el adagio vulgar, que dice así: *De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco.*

Los ejemplos de ingenios muy notables y los de individuos que carecen absolutamente de uno ú otro de ellos, son monstruosas escepciones á la regla que ya queda asentada.

Para un hombre que sea incapaz de percibir las bellezas de la música, de la poesía y de la pintura, para otro que sea negado, nulo, respecto á las matemáticas, la historia natural ó el estudio de las lenguas, la inmensa mayoría de los hombres, nace con la aptitud correspondiente para ejercitar su inteligencia en las artes y ciencias expresadas, así como en todas las demás.

La analogía presta su apoyo al principio consignado.

La regla, en nuestra especie, es la posesion de cinco sentidos exteriores. La regla es tambien la medianía en su potencia fisiológica, como lo es, la desproporcion de esta actividad, si se compara la de unos sentidos con la de otros en un mismo individuo.

La escepcion es la carencia absoluta de uno ó mas sentidos. Para un ciego de nacimiento, cuéntense los que ven, aunque sea tan diverso el punto de vision distinta para cada uno.

Dedúcese de lo espuesto que una educacion profesional bien dirigida puede, por lo comun, fecundando nuestras disposiciones innatas, desenvolver la aptitud necesaria para el desempeño regular de todas las carreras científicas y artísticas.

Las escuelas, colegios, universidades, todos los talleres y museos estan patentizando con sus exámenes, calificaciones y censuras, la exactitud de los principios consignados. Pocas censuras de sobresalientes y de reprobados.

dos para muchas de medianos; hé aquí el testimonio de la experiencia secular en este punto.

Dedúcese también, que los mejores maestros, los mas escogidos libros y los mas repetidos ejemplos, son estériles para el estudio ó aprendizaje de una ciencia ó de un arte, cuando el alumno carece del ingenio adecuado, por una imbecilidad parcial, ó por un idiotismo circunscrito.

Tengamos, sin embargo, presente que la regla es aquel grado de *sensatez* ó de *cordura* en que suele convenir la muchedumbre, cuando no trasciende con su juicio mas allá de *la esfera de actividad en que funcionan sus sentidos exteriores*; mientras se limita á percibir las referidas impresiones y á raciocinar por ellas de los objetos que las motivan, sin penetrar mas que someramente en ideas de causalidad donde tan pronto se extravía.

Esta capacidad, la suficiente para que el hombre alcance á su paso por el mundo las fruiciones que han de hacerle amable la existencia, constituye como la atmósfera intelectual de nuestra especie; aquella vasta region en que reside el sentido comun, por cuyos fallos se rige ó gobierna la mayor parte de los hombres.

Distínguese *la multitud*, como depositaria de aquel *sentido intelectual*, de los hombres de *ingenio extraordinario ó defectuoso*, por la aptitud, casi uniforme que en ella se descubre para aprender algo de todo; pero sin so-

bresalir ni inventar en cosa alguna; por el carácter pasivo con que se deja conducir por los que la enseñan y dirigen: por *la pureza* (permítasenos esta lisonja), con que retiene ó archiva en su memoria las nociones recibidas, sin modificarlas, adicionarlas ó rectificarlas; y porque nunca manifiesta gustos ó aspiraciones vehementes para abalanzarse á tal ó cual categoría científica ó artística.

Aun cuando no dejen de existir en los individuos que forman esta muchedumbre, aptitudes peculiares para determinadas profesiones, es difícil discernirlas. Su estado habitual es la pereza, la indiferencia; nada rechazan con vigor: hácia nada se sienten con ímpetu atraídos; la inercia es su gran fuerza: el hábito y ejemplo sus únicos maestros. Su entusiasmo, cuando por algo se despierta, deslumbra como la exhalacion y aturde como el trueno: es como el huracán que en su veloz torbellino nos arrastra con la nube de polvo que levanta.

Reciben con frialdad, en muchos casos, las más ardientes inspiraciones de los genios. Si electrizados por estos se conmueven, sacudiendo su inercia de costumbre, es para aplaudirlos ó vituperarlos con el estrépito y vocería de su número y con la fugaz exaltacion de sus pasiones, inestables por regla general.

Sin el sublime y profundo criterio indispensable para seguir al genio y comprenderle, le ensalza ó le condena sin razon: le admira el dia en que promete sus inventos para luego olvidar hasta su nombre ó despreciarle

:

en la misma embriaguez que aquellos le ocasionan con sus goces.

Confunde al que le predica la verdad, hasta el martirio, con el prevaricador ó con el impostor que vive para especular con su credulidad ó su ignorancia.

Estraviado en su *miópe dialéctica*, apenas hay error ni ha habido absurdo á que *el sentido comun* haya dejado de dar su asentimiento.

Si, vírgen de preocupaciones, halló, en él, eco la verdad sencilla y lanzó á los pueblos hácia grandes empresas y conquistas: si, bien encaminado, buscó y encontró las verdades mas necesarias á la vida, y mantuvo casi perenne entre los hombres esa especie de unidad intelectual, de comunidad ó de fraternidad en las ideas que les hace comprenderse y proceder como de acuerdo, sin oirse: si, merced á este sentido, el apóstol de la verdad y de la virtud halló siempre en el mundo quien le escuchára y le entendiera: si, gracias al sentido comun, son estables ciertos juicios ó fallos que la humanidad pronunció desde su origen; tambien, doloroso es tener que confesarlo, tambien pervertido y fanático, á las veces, ha atizado las hogueras, ha levantado cadalsos, ha presenciado los mas crueles tormentos y asistido, sin protestar, con deleite brutal en ocasiones, á las últimas agonías de los héroes, á sus mas angustiosos funerales, á los mas trágicos desastres.

Ha creido ver lo invisible; ha jurado palpar lo inmaterial; se ha arrodillado ante ídolos diversos; ha creido en

augurios, en sortilegios, en brujas, en duendes y fantasmas, y hoy es, y ni su civilizacion europea le ha bastado para no dejarse fascinar con opiniones las mas absurdas y encontradas; para no confundir obligaciones irremisibles y prescritas, con derechos sagrados é inconcusos; para no dirimir sin pólvora y sin balas, hasta agenas contiendas que le embriagan, llevando á hermanos contra hermanos á la muerte en numerosos y compactos batallones.

Antes de esponer las reglas necesarias para el discernimiento de los ingenios, procuremos conocer las causas que impiden ó retardan la manifestacion de sus funciones.

Dejan de manifestarse los ingenios cuando falta su gérmen ó embrion.

Dejan de manifestarse, aunque existan, en muchos individuos, por no haber llegado todavía á la edad de su espontánea evolucion, como no brotan sino en su dia los gérmenes dentarios, ni florecen y fructifican, á la vez, todas las plantas.

No se manifiestan en la edad correspondiente, por no impresionarlos su escitante exterior y peculiar, como sin luz no puede ejercerse la vision, aunque el órgano para esta no deje de existir, como no hay fecundacion sin cópula adecuada.

No se descubren á su tiempo, y aun sin faltarles la impresion de sus escitadores naturales, por afectos, pasiones ú otras causas que, concentrando el orgasmo hácia

puntos mas ó menos distantes, le mantienen distraido de aquel que debiera de animar.

Cuando en el organismo se efectúan dos ó mas evoluciones, á la vez, la mas activa debilita ú oscurece á las demás.

Dejan de progresar, ya puestos en juego, por falta de ejercicio ó de cultivo: la inaccion marchita y atrofia nuestros órganos; la articulacion que no se mueve se entorpece.

No progresan los ingenios, cuando las facultades ó potencias elementales de los mismos carecen de aquel proporcionado ó equilibrado desarrollo que en su estado normal deben tener. El ingenio, cuya sensibilidad sea poco escitable, será forzosamente perezoso, lento y como apático para entrar en reaccion, por mas que se le escite.

No progresan, finalmente, en otros casos, por enfermedades que debilitan, trastornan, pervierten ó aniquilan sus funciones.

Ya veis á cuántas circunstancias necesitaremos atender para inquirir la causa de esa especie de afonía ó de mudéz tantas veces advertida en la edad correspondiente al amanecer de los ingenios, así como para averiguar, ya pronunciados, el motivo de su torpe ó desentonada locucion.

Sin embargo, por difícil que sea el discernir la genuina vocacion para las ciencias ó las artes, posible es llegar á conocerla, á fuerza de experimentos y de tiempo, aunque no se declare precoz y culminante.

¿Qué deberemos, pues, hacer para lograr el fin deseado?

Un sencillo ejemplo de la conducta que el espíritu de curiosidad sugiere desde luego en situaciones (hasta cierto punto semejantes), indicará la serie de experimentos ó de ensayos á que deberemos aplicar nuestra atención, y marcará, desde ahora, el rumbo que van á tomar nuestras ideas.

¿Qué haría, por ejemplo, el pianista que, sin poder abrir un piano y registrarle en toda su complicadísima estructura, ensamblaje y armazón, se propusiera averiguar si le faltaban ó no cuerdas, macillos ú otras piezas interiores é invisibles, y aun para saber si estaba bien ó mal templado?

La respuesta es óbvia, me direis; pulsar todas sus teclas unas tras otras y alternativamente luego, escuchar atento sus sonidos y sus sonos, para suplir mediante la inducción lo que directamente no podía descubrir.

¿Qué haríais para saber si veía ú oía el que apareciese estar como accidentado ó cataléptico?

¿No iluminaríais, desde luego su aposento, no le hablaríais, no le escitaríais de uno y de otro modo, para de sus gestos, ademanes, palabras ú otros signos, deducir que veía ó no, que estaba sordo ó escuchaba?

¿Quereis sondear la inteligencia, calar el ingenio ó los ingenios que con el tiempo han de imprimir la vocación en vuestros hijos, según su respectivo predominio?

Pues, no declameis sin detenido miramiento contra la

pluralidad de estudios, *verdadero progreso de estos días*. No griteis contra esa educacion *enciclopédica*, ahora decretada, para las enseñanzas primaria y secundaria.

No, su utilidad es grande, inmensa, incuestionable, aunque no falte quien dura y desabridamente la censure, calificándola de *fárrago escolástico* indigesto del siglo XIX; de este siglo, señores, por tantos y tantos calumniado y por tan pocos justamente comprendido y dirigido.

Luchemos contra ese funesto error que algunos quisieran reproducir y perpetuar en la enseñanza elemental, volviendo á hacerla tan monótona, insípida y hastiosa, como lo era, por el eje corto y premioso en que giraba; en la edad, cabalmente, mas veleidosa y ávida tambien de impresiones diversas y fugaces.

¿A qué se aspiraba con tanta disciplina, coronas y corozas en los bandos de Roma y de Cartago? ¿Se aspiraba á hacer de un niño un dómine? ¿Y quién pudo lograrlo?

Por el contrario, presentando á la inteligencia de los niños esa série de libros ó compendios, cuya sola enumeracion *escandaliza* á muchos todavía, se logra *escitar, dispertar y remover* sus facultades sensoriales, vigorizarlas con esa especie de gimnástica espiritual; á cada una en su círculo y á todas en su esfera general, por el mútuo y recíproco auxilio que se prestan.

No es menos aplicable al órden físico que al órden moral la sentencia hipocrática que dice: «*Consensus unus, conspiratio una, et omnia consentientia.*»

No queremos, sin embargo, desoir, sino acatar y responder á muy fundados argumentos.

Si, al llevar á cabo la reforma, no se comprendiera su majestuoso pensamiento, ni estuviera todo bien previsto y justamente calculado, fácil sería que no diese los frutos que indicamos, al abogar por la pluralidad de los estudios, prestándose los hechos, en tal caso recogidos, á una interpretacion que, sin atacar en el fondo á esta doctrina, la desvirtuára, dando la razon á sus contrarios.

Decidme, los no reconciliados con ese paso de gigante que dió el siglo en que vivimos, ¿hay en nuestras aulas los libros, los aparatos é instrumentos, y otros objetos y utensilios necesarios?

¿Se han intercalado las horas de estudio y las de asueto, las de trabajo y de recreo, como fuera de desear?

¿Se han ordenado las indicadas enseñanzas de manera que los hechos en ellas comprendidos penetren hasta los ánimos de todos por los sentidos competentes?

¿Se han dispuesto aquellas de modo que pueda enseñarse cada ciencia á su tiempo, cuando esté despierto ya el ingenio para ella necesario?

¿No se dan reglas de elocuencia al que apenas sabe deletrear? ¿de poesía al que no sintió latir en su pecho las pasiones? ¿de cálculo, al que se ofuscará en el mas sencillo, por carecer aun de este sentido?

Pues, cuenta deberá ser de la paternal solicitud de los Gobiernos el suministrar cuanto sea indispensable; el ve-

lar por todo lo que sea concerniente á tan importantísima instruccion, para dirigirla segun lo vaya aconsejando la esperiencia.

El sistema es bueno, considerado de un modo general; los procederes empleados al plantearle pudieran tener algo, mucho que exigiera revision, exámen, modificaciones, correcciones, supresiones ó adiciones.

Así puesta en relacion la inteligencia del alumno con los objetos ó los hechos de las ciencias y las artes que aprendiere, mucho habrá podido adelantarse para reconocer en él sus aptitudes é inclinaciones naturales.

Para algo deberán valer tantos informes como pueden adquirirse de los maestros por entonces.

Considerad esos estudios, en compendio, como una serie de poderosos y muy adecuados reactivos por cuya intervencion ó medio, no solo se ha de despertar y robustecer la inteligencia en general, sino que han de servirnos, además, para discernir el ingenio ó los ingenios que caractericen á la individualidad, cuyo conocimiento interesa poseer con toda la posible exactitud.

No abrigueis, ni un solo instante, la ilusion de llegar á ver satisfactoriamente desenvuelta la inteligencia del cursante en todos los compendios que estudiare. Sabemos lo limitadas é incorrectas que serán todas las nociones adquiridas; pero á la edad en que la memoria verbal es tan feliz, en que el espíritu de curiosidad se muestra mas ágil y

exigente que en todas las demás; á la edad en que brota infatigable la necesidad de impresiones para todos los sentidos; consideramos de suma utilidad la enseñanza del tecnicismo que constituye el diccionario de las ciencias y las artes, los estudios lexicológicos y el conocimiento objetivo de los seres y de los hechos que mas íntimamente y en sus complejas relaciones ha de estudiar aquel mas adelante.

Tiempo habrá, cuando el juicio esté formado, de enseñarle los principios y las reglas; los sistemas, teorías ó doctrinas; por entonces límitese la aspiracion de los institutores y maestros á impresionarlos con los hechos mas notables y á hacer que aprendan significados de nombres ó palabras, únicas nociones que estan á sus alcances.

La reflexion que pudiera fecundar estas ideas no existirá al tiempo de recibirlas, es verdad, pero obrará en su dia sobre las reminiscencias que conserve. ¿Deberemos aguardar á que despunte mas el raciocinio para comenzar la educacion? Util seria que esta preciosa facultad asistiera al niño, como al hombre, en todo aprendizaje; pero en la edad que deberá traerla consigo, va faltando la memoria verbal, disminuyendo la impaciente curiosidad de aquellos primeros y mejores años de la vida, gravitando la pereza sobre las facultades receptivas y *sobrando la vanidad* que obliga á ocultar lo que se ignora por no sufrir la humillacion de la pregunta.

Cuando ese largo y reglamentario estudio de compendios no baste á revelar la genuina vocacion, por la aptitud uniforme y mediana que el alumno haya mostrado para ellos, segun los informes que os hayan dado sus maestros, tomad por vuestra cuenta la investigacion que ya se hace apremiante.

Redoblad vuestra atencion, repetid los esperimentos que se hicieron en las aulas, pero, acaso, sin todo el tiempo necesario para llegar á un resultado y sin toda la sagacidad que solo el celo entrañable, paternal, puede inspirar.

Ha llegado el momento crítico, solemne, improrogable y es menester aprovecharle.

Haced que lean en libros de artes y de ciencias diferentes, y observad, muy atentos, para ver en cuáles leen sin distraerse, con mas placer y buen sentido. Reparad en cuáles son los que le suministran mayor copia de ideas para sus conversaciones, sus entretenimientos ó sus juegos.

Anotad quiénes son los personajes de la historia, de la biografía, del drama ó de la novela que mas cautivan su atencion; las proezas ó hazañas, cuyo relato mas les interesa, ó en cuya lectura muestran indiferencia, frialdad, cansancio ú desapego.

Si aprenden y recuerdan, como sin fatiga y sin esfuerzo, nombres, fechas, acontecimientos, descripciones, todo lo verbal ó lo que es gráfico, ó si se elevan y remontan, á pesar de ser tierna su edad, á consideraciones de

causalidad, á las regiones de la análisis y de la síntesis, de la abstracción y de la inventiva.

Procurad, interpretando sus alegrías, risas, bostezos ó suspiros, todas sus demostraciones de contentamiento ó de fastidio, penetrar en la intimidad de los afectos que suscitan en su alma las prácticas que dejamos indicadas.

Con estos experimentos, esto es, llamando á cada ingenio por su nombre, *urgándole*, incitándole con su peculiar escitador; él os responderá en su idioma natural, así como los afectos é instintos que en alianza indisoluble, vivan y crezcan con aquel.

Haced mas, todavía; llevadlos á museos, á talleres y espectáculos diversos; hacedles viajar y acudir á tribunales, cárceles, hospicios, hospitales, laboratorios; á establecimientos donde todas sus facultades intelectuales, afectivas é instintivas reciban sus correspondientes impresiones.

Averiguad si prefieren una escursion botánica, zoológica ó mineralógica, á una ópera ó un drama; al museo enriquecido por los originales de Rafael, de Murillo, del Ticiano ó de Velazquez, el humilde y oscuro taller del artesano, ó si sus ojos centellean, late su corazón y su fantasía se enciende entusiasmada con las sublimes leyendas de Horacio y de Virgilio, de Garcilaso ó de Melendez, de Rioja, de Quintana y de tantos otros vates.

Observad su maña, su destreza ó impericia para cuanto exija la aplicación manual ó instrumental, y concluid cla-

sificando la capacidad del jóven, cuyas facultades os proponíais inquirir, ó como apta para el estudio de las ciencias ó como idónea para el cultivo de las artes.

Hecha esta primera valuacion, proceded á determinar luego la ciencia ó el arte para que mas dispuesto se halle.

Ya sobre la mina y descubierto su mas abundante y precioso mineral, no vacileis: «*Quo natura vergit eo du-
cendum.*»

Todo lo que en los primeros estudios convenia la variedad y la expansion, ha de convenir en los postreros la *condensacion* de todas las facultades del espíritu sobre la ciencia ó el arte que se elija.

Que no os deslumbre nunca la insensata aspiracion á un optimismo irrealizable: «*Qui vult pervenire quod desti-
nabit, unam sequatur viam, non per plures vagetur;*» dijo Séneca.

Ni mireis como perdido el tiempo que pasó en aquella educacion rudimentaria, si veis que muchas de las nociones adquiridas se borran del espíritu, al concentrarle exclusivamente en otras. Ya encendida la hoguera ¿qué importa que la chispa se la lleve el viento?

Terminado el estudio profesional, aconsejadles que *rebusquen* la especialidad para que mas aptos se encuentren, é inculcadles que á ella se consagren con ahinco, si desearan inscribir su nombre en los anales de la ciencia ó el arte predilecto que van á cultivar.

Mas, todo esto no basta, aun hay mas que trascender en la investigacion que nos ocupa ó sea para acertar en la carrera que se adoptare ó eligiere.

Aficion, decidida inclinacion hallareis, á las veces, en un jóven para el estudio de una ciencia ó de un arte, aunque carezca de las dotes que reclamen la profesion de la primera ó la práctica de este.

La aficion de que hablamos solo prueba susceptibilidad sensorial, mas ó menos esquisita para determinados hechos ó impresiones; pero no revela, como de rigor, la existencia de las otras facultades sensoriales que bien coordinadas forman el ingenio.

Pintor hay que no hará jamás sino aleluyas, por mas que le embelese ó embebezca la pintura: versificador encontrareis que no pasará nunca de coplero insulso, impertinente, por mas que su vena se desangre, borageando con númen lujurioso y esteril, á la vez, jácaras ó romances á porfía.

Necesario es que á la aficion que representa dotes de sensibilidad peculiar y de buena voluntad, acompañen la memoria, el criterio é imaginativa ó inventiva peculiares del ingenio ó de los ingenios que pidiere la ciencia ó el arte que nos proponemos ejercer, así como las facultades físicas que deben auxiliar á las primeras.

Hay en todas las ciencias y las artes hechos que observar, sistemas, métodos y procederes que aprender; en todas es necesario analizar y sintetizar, imaginar é inven-

tar, al hacer las aplicaciones de sus principios y de sus reglas á casos determinados. Para todas se necesita, finalmente, del ingenio adecuado á cada una y de otros auxiliares, mas de las facultades afectivas é instintivas que deben completar los atributos que requiere el ejercicio de cualquiera profesion.

Si, al encumbrar la fortuna á los hombres eminentes, no se equivocára en la calificacion de sus ingenios, bastaría observar las facultades comunes á los favorecidos por aquella y averiguar despues si estas residian en el jóven que aspirase á brillar por su camino. Pero ha enseñado la esperiencia que, solícita y muy atinada comunmente la diosa de los bienes y los males, al elevar por su mérito á los hombres, es en extremo desacertada, sobornable y caprichosa, al rotular la inscripcion de los talentos que poseen. ¡Cuántos hay que medran ignorantes en algunas profesiones, tan solo por ser hábiles en otras!

Indáguese para resolver con tino aquel problema cuáles son los estudios, las nociones y las prácticas mas necesarias ó acaso indispensables para el ejercicio de la profesion á que el jóven se inclinare, y averígüese tambien si este tiene el ingenio y demás aptitudes convenientes para ella.

No os deis por satisfechos, con haber descubierto su aptitud intelectual, si veis que á esta nõ acompañan otras sensoriales y hasta físicas.

¿Tiene el don de gentes que tanto vale para el mundo? ¿Es grave, circunspecto, sociable, indulgente, tolerante, chistoso, alegre, divertido, según las circunstancias lo exigieren? ¿Es para la mayor parte simpático?

Pues, con dotes como estas, vaticínadle desde luego prósperos sucesos cualquiera que sea la carrera que adoptare.

Si, por no ser muy relevantes sus ingenios ó talentos, no dejase su nombre consignado en los anales de la ciencia ó del arte á que se hubiese dedicado, vivirá en paz con su siglo y podrá lograr todos los bienes que se hallan al alcance de las favorecidas medianías.

Sin una ú otra y aun sin muchas de las dotes enunciadas, es posible ¿quién lo duda? conseguir el aura popular.

Basta para ello poseer alguna cualidad ó ingenio extraordinario y tener la habilidad de utilizarle del modo que convenga.

Dada ya la señal; una vez pregonado con fortuna el mérito de un hombre, propágase el rumor, y muchos se disponen á admirarle.

Ya aplaudido por la multitud que le celebró en su aparición, la multitud no cesa ó retrocede sino á fuerza de tiempo y desengaños. Su entusiasmo es contagioso. El secreto de aquel consistió en hablar donde se hallaba la misteriosa *hoquedad* indispensable para que el eco de su pala-

bra retumbase: lo demás es obra del acaso y de la fascinación que de algunos se apodera.

No importa que el sentido común, aun no estraviado, y que los hombres de ciencia alcen su voz para probar la insensatez ó la mentira, el error y hasta el absurdo que hay en los discursos y promesas del hombre que lograra aquel prestigio. Cuando la persuasión nace de esperanzas ó temores, no hay argumento, por sólido que sea, que no le rechacen los afectos en que llegó á apoyarse la creencia.

Si, por alto desden ó negligencia, nadie le contradice ó le censura, intérpretase como señal de aprobación este silencio.

¿Se le critica? Pues acudirán sus adictos á la ignorancia ó á la envidia de sus contrarios, para explicar su oposición.

¿Se le persigue? Un instinto de generosidad se sublevará en defensa de la víctima para tomar á su cargo la demanda.

¿Es áspero en el trato, brusco en sus modales?

¿Tiene ridiculeces, singularidades ó manías, de que todos se aperciben? ¿No habla con sentido, escribe sin ortografía y con caracteres ilegibles?

Pues os dirán que sin estos lunares no sería completa su grandeza, y os citarán, hasta cansaros, extravagancias de hombres que se han hecho notables, hablando poco y mal, y célebres escritores que nunca fueron pendolistas.

Sí; la parcialidad torna en favor hasta el agravio, y encuentra, aun en la deformidad mas repugnante, su belleza. No lo estrañeis.

La muchedumbre no percibe el vicio ó la virtud, ni la razon ó la locura, sino cuando ve como en caricatura á sus efigies. Ama lo maravilloso y los contrastes. Necesita perdonar algo cuando ensalza: ver en los héroes que aplaude un fondo de vulgaridad que á su condicion los asimile: sin este fondo, creeria adorar deidades mitológicas, y tan alta veneracion la humillaría.

Si, pues, las dotes que bastan, á las veces, para obtener el aura popular, no son prendas en que pueda fundarse nuestro cálculo para congeturar próspera aventura en los que á ella se encaminan, por mas que en tal ó cual grado las posean: si en la amplitud que tienen los estudios necesarios para adquirir un título cualquiera, fuese de todo punto irrealizable el propósito de sobresalir igualmente en aquellos, vista la limitada capacidad de nuestro espíritu: si la inclinacion natural á determinados estudios ó tareas y toda la aptitud intelectual correspondiente, no es tampoco lo que basta, sin un raro y benéfico conjunto de dotes afectivas, instintivas y hasta físicas, para elevarse con el beneplácito de los hombres entendidos en el ejercicio de una profesion; forzoso será que desmayemos al contemplar los datos que deberán entrar en nuestro cálculo y lo rarísimo y difícil de verlos reunidos al asentir ó al impulsar hácia una vocacion.

Limitémonos, por lo tanto, á averiguar si los alumnos poseen las facultades mas absolutamente indispensables para el desempeño de los deberes que en lo sucesivo los aguardan.

No busquemos en un hombre disposiciones que prometan su eminentísimo saber en todos los ramos de una ciencia; sino la aptitud fundamental que ella reclame y la capacidad justamente necesaria para brillar en el determinado puesto á que aspirare.

La vocacion para la Jurisprudencia, por ejemplo, está en la naturaleza misma de los hombres; pero no lo está, segun nuestros estudios reglamentarios la definen ó comprenden, y segun la amplifican las necesidades sociales en la mayoría de los casos. Jurista habrá irremplazable como asesor ó como juez, que sería inútil ó detestable presidente de cualquier chancillería, mal oidor, relator pésimo, frio defensor ó fiscal intolerable.

Lo que en la práctica de la Jurisprudencia se percibe, se nota en la de todas las profesiones ó carreras. Estudios hay que, siendo como fundamentales, para cada una de estas necesitan prévia disposicion en los sugetos que á ellas se dedican. Empiécese por averiguar si en estos hay la aptitud intelectual indispensable, y averígüese despues si con dicha aptitud coinciden ó no todas las demás ya antes enunciadas.

Para ser médico ó cirujano, por ejemplo, es necesario saber la Anatomía; pero reparad bien, si aspiráseis á hacer de vuestros hijos grandes cirujanos, en que la Anatomía del *disector* no es la Anatomía del *operador*: el primero clavará siempre su escalpelo en un yerto cadáver: el segundo tendrá que operar en una organizacion que siente, que habla, que palpita, se queja, grita y se remueve. El primero solo necesita la curiosidad que le lleva á investigar los caracteres físicos, visibles y tangibles de todas las entrañas que hay en nuestro cuerpo: el segundo, ¡ah! el segundo, ¿quién es capaz de decir, y en breve tiempo, las cualidades que debe poseer?

Educado en los hospitales y anfiteatros anatómicos, en esas escuelas del dolor y de la muerte, observador solícito del hombre que padece, intérprete de las necesidades que le aquejan, espectador paciente de angustias y tormentos que acibaran, por simpatía, su existencia; ligada siempre su fortuna con la salvacion del que reclama sus auxilios; siempre en la mas perfecta consonancia su interés con el interés de su doliente; inútil es decir si necesitará conocer al hombre muy á fondo para compadecerle y reanimarle con su palabra y con su espíritu, para cautivarle con su filantropía y su saber, y llegar hasta á ser dueño de su cuerpo á fuerza de vivir esclavo de sus males.

Sí; la compasion y la beneficencia, estas fuerzas morales, asociadas á la correspondiente dotacion en los in-

genios, constituyen los dos resortes afectivos que imprimen la vocación que llamaremos *hipocrática*.

Innatas son la compasión y la beneficencia entre los hombres; pero ¿de qué modos tan diversos no se espresan en cada uno aquellas facultades!

Hay quien no puede tolerar el grito de dolor que lanza un semejante. Hay quien, al aspecto de la mas leve herida, se desmaya: quien huye como despavorido de la alcoba en que otro se halla agonizando, sin dejar de ser humanos, sin que por eso economicen sacrificios para aliviar ó remediar á los que sufren.

Tambien hay organizaciones egoistas que tienen una infinita conformidad para los dolores de su prójimo, pero consuélenos lo escepcionales que afortunadamente son.

Oye la compasión un alarido, y si esta compasión impera en nuestra alma con las dotes necesarias para la vocación que llamamos hipocrática, al punto una afinidad irresistible nos hace participar de aquel dolor y anhelar su alivio y su consuelo.

El que sufre contrae, por el solo hecho de sufrir, un estrecho parentesco con aquel que se halla organizado para ejercer la ciencia de Esculapio: su dolor ha encendido la antorcha con que ha de buscarse su remedio. Para él nada hay en el enfermo que por su aspecto ó fetidez repugne hasta serle intolerable su impresion. Se prestará á velarle dia y noche, á observarle, á interrogarle, á guardar su sueño, á contar sus instantes de inquietud ó de re-

poso, á ahuyentar de su lado cuanto pueda perturbarle. Todo lo dejará en holocausto del doliente; paseos, galanteos, diversiones, espectáculos. Cuidará del niño y del anciano, del hombre como de la mujer.... Sí; la compasión no tiene sexo, aunque esté como divinizada esta entraña moral en la mujer, que nació para ser madre.

Concluyamos.

Viendo lo raro que es acertar en la carrera que se emprende, y escuchando por todas partes protestas y lamentos de los muchos que, errando su vocacion, viven mártires oscurecidos y sin gloria de aquella que aceptaron ó escogieron: viendo que para uno que llegue al fin deseado cultivando con placentera actividad sus facultades en la profesion reglamentada ú oficial que desempeña, hay tantos que la ejercen como penitencia forzada de un error, y aspirando de continuo al divorcio de la ciencia ó del arte profesado, ó al amancebamiento intelectual con otra ocupacion de su mas íntimo agrado y satisfactorio desempeño: viendo que, en asunto de tanta trascendencia, el acierto es la escepcion, y reconociendo que la responsabilidad del desacierto gravita sobre quienes con mas solicitud debieran evitarle, sobre consejeros y jueces tan vivamente interesados en su fallo, sobre los padres y los hijos; natural es preguntarse, ¿y por qué tanto errar de unos y de otros, de aquellos y de estos?

¿Por qué, siendo tan puro, acendrado y entrañable el amor que identifica á los padres con sus hijos, y tan competente su experiencia en muchos casos para iluminar é iluminarse con la luz del propio sentimiento y la de su ardiente voluntad, desacertarán, sin embargo, tantas veces, al impulsar hácia determinadas carreras á sus hijos?

¿Y por qué también, en estos, el interés individual, esa tea que enciende el egoismo así que nace y que solo estingue la Parca con su soplo, ese infatigable y solícito vigilante de todos nuestros bienes, ese resorte que solo pueden aflojar momentos de abnegacion y de heroismo, horas de sueño ó de locura; ¿por qué, por qué ese interés individual, tan incansable y activo como lo es, tan sagaz y fecundo en el descubrimiento de muchas verdades muy recónditas, en la resolución de problemas, sin él, irresolubles, en el porfiado vencimiento de dificultades y de obstáculos, ¿por qué, lo repetimos, no acertará, puesto á pensar, y cuando tanto le interesa, con la peculiar vocacion que germina latente ó manifiesta en su propia intimidad?

Es, porque, innatas, numerosas y semejantes, como lo son, las facultades sensoriales de los hombres cuando nacen, y en los primeros años de su vida, y desequilibrándose tarde, por lo general, las potencias que constituyen sus ingenios, y haciéndose, fuera de tiempo, muy temprano, la eleccion de las carreras, llega tarde también el desengaño para todos.

Es, porque, flexible, dócil, plegadiza, como lo es la inteligencia, al amoldarla cual se intenta, y prestándose á una mediana comprension de todo lo que por entonces se le enseña, se espera verla progresar indistintamente en artes como en ciencias, mas que por su propia y peculiar virtud ó actividad, por el influjo que los maestros y lecciones podrán ejercer al educarla.

Es, porque, en el complicadísimo problema que tiene por objeto llegar á discernir la genuina vocacion de cada uno, entran datos que no estan al alcance de los que se encargan, por lo comun, de resolverle.

Es, porque al conocimiento íntegro, completo de la aptitud intelectual, que solo puede dar por ahora la vía experimental que hemos propuesto, y al conocimiento, no menos íntegro tambien, de los esfuerzos intelectuales, morales y hasta físicos que exigen el aprendizaje, la teórica y la práctica de cualquiera profesion, substituyen, comunmente, cálculos sobre tal ó cual conveniencia de posicion social ó de familia, sistemas rutinarios, aspiraciones muchas veces insensatas, opiniones muy erradas que indbidamente otorgan á los maestros el omnímodo poder de desarrollar á su albedrío la inteligencia de todos los alumnos; cuando no es el capricho pronunciado por el mismo jóven inesperto que sin tiempo para conocer sus propias facultades, ni esperiencia para saber lo que es la ciencia

ó el arte cuyos nombres deletrea, pretende lanzarse á una carrera, ignorándolo todo en este arranque, lo que él es, y los principios, los medios y los fines de la profesion que ha de ejercer.

Es, porque, estraviado el sentido comun, en este punto, de su pendiente natural y propio cauce, presta su humilde asentimiento á sectas filosóficas que se han atrevido hasta á decir que, el hombre es, al nacer, como la tabla rasa que nada tiene escrito, ó como el pedazo de mármol que en el taller del escultor ha de representar lo que á este plazca segun el encargo recibido.

Es, porque psicólogos poco versados en ciencias fisiológicas y altamente metafísicos, hombres organizados para cernerse con su actividad espiritual en espacios puramente imaginarios, mas que para entrañarse en el muy árduo estudio de los hechos observados en concreto; es, porque ideólogos impacientes han partido, al urdir sus teorías, de fenómenos recogidos en su rápida ojeada por el mundo, hasta nociones de causalidad no bastante motivadas: es, porque, filósofos distinguidos, eminentes, han dicho que los hombres nacían todos con las mismas facultades é igualmente aptos para todo, avasallando con el mágico prestigio que obtuvieron, opiniones opuestas consignadas en multitud de apotegmas y proverbios que la esperiencia secular habia atesorado.

Profundamente convencidos de que, entre las diversas aptitudes con que los hombres nacen, hay alguna por lo menos, en que naturalmente sobresalen, alguna para cuyo ejercicio se sienten inclinados, y reconociendo la dificultad de descubrirla, si muy pujante no descuella, por carecer de reglas seguras que nos guien en investigacion tan importante; viendo que *el método craneoscópico*, por algunos propalado para esta indagacion, es un método infiel, que gira sobre bases vivamente disputadas, sobre principios en que sus propios autores no estan de acuerdo todavía, sobre un método que necesita de estudios mas hondos que los hechos hasta ahora; hemos procurado substituirle con el que, *á todas luces*, nos parece preferible, por su ostensible sencillez y demostrable exactitud.

A la nocion anatómica (base ó fundamento de aquel método); á la nocion material, con que vaga, confusa y contradictoriamente, á veces, se atreve á señalar la residencia de una facultad intelectual, *prometiendo hacer tangibles las aptitudes y talentos de los hombres*, hemos procurado substituir *la nocion funcional, fisiológica ó vital*.

Respetando minuciosas, profundas é intrincadas investigaciones frenológicas; pero viendo que la anatomía no estaba en el caso de disecar todas las partes del sensorio para dejarlas ver en sus localidades y conexiones respectivas, patentizando luego el uso de cada una; nos hemos esforzado, para reemplazar, en este grave asunto, *la no-*

cion disputada, cuestionable por demás, que dá la anatomía, con la *incontrovertible* que la fisiología suministra.

En la imposibilidad de ver y de palpar todas las partes encargadas de las complejas y misteriosas funciones del cerebro, hemos apelado á la indagacion de sus actos aislados y en conjunto; y allí, donde hemos visto ejercerse una funcion ú operacion psicológica con un fin, como providencial, y en consonancia con las necesidades de los hombres, allí, hemos (lógicamente discurriendo, y con la salvaguardia de principios inconcusos, de leyes fisiológicas, eternas é inmutables) deducido, que habia *un sentido adecuado, circunscrito* para el desempeño de la indicada operacion, para el *cúmplase de la voluntad del Hacedor*.

Poco importa, para esta deducccion, que la craneoscopia deje de anunciarla ó de apoyarla; que esté ó no de acuerdo el anatómico con ella; poco importa que ni la diseccion, ni la maceracion, ni la corrosion y otros procedimientos puedan mostrarnos los órganos cerebrales encargados de aquellas funciones psicológicas, siempre que el observador del hombre, el filósofo y fisiólogo, confirmen cuanto dejamos consignado en la primera parte de este escrito.

Donde quiera que veamos ejercerse una funcion en nuestro sér, con independendencia absoluta ó relativa, allí veremos con la lógica inflexible, indeclinable del código vital, un órgano encargado de efectuarla. Así como no tenemos idea de la vida en el vacío, esto es, sin una organizacion

que con sus funciones la demuestre, tampoco podemos comprender el ejercicio de una facultad sin instrumento ú aparato encargado de las operaciones de la misma. Tan correlativa es una idea como otra.

No exijais, pues, de nosotros la indicacion de aquellos puntos en que residen los ingenios ó sentidos celebrales con que el espíritu ejerce sus funciones. La craneoscopia se ha comprometido para esta indagacion y formulado ya sus decisiones; pero de un modo inseguro, vacilante y contradictorio.

Recordemos que sus mas célebres autores no están conformes aun, ni sobre el número, ni sobre el asiento y atribuciones de las potencias intelectuales admitidas.

Esperemos del tiempo, de la discusion, de mas prolijas y acertadas investigaciones, la dilucidacion de lo que hoy se halla en las sombras del misterio, de lo que aun no está completamente sancionado, ni por una demostracion palpable, satisfactoria y rigurosa, ni por el unánime asentimiento de los hombres pensadores é imparciales.

Por sensible que sea dejar huérfana á la idea fisiológica de la demostracion anatómica, menester es que así suceda hoy en este punto. Sí; aun tenemos que decir en la indagacion de los ingenios lo que Séneca, interrogando á un hombre de su tiempo.... *habla, habla para que te vea: habla para que te conozca.* «**LOQUERE UT TE VIDEAM.**»

El objeto que nos hemos propuesto en este discurso está cumplido, despues de haber llamado en su favor la atencion de los padres y de sus hijos, de los maestros y de sus alumnos acerca de un asunto en que vemos altamente interesada la gloria y la fortuna de unos y de otros, el bienestar de las familias, el progreso de las ciencias y de las artes y aun la misma prosperidad de los Estados.

Antes, pues, de inculcar á nuestros hijos el propósito de seguir una ú otra carrera, ó de refrendar su aspiracion á la que ellos nos indiquen, procuremos indagar lo que dejamos ya manifestado.

La regla es sencilla en su espresion; pero muy difícil de aplicar.

Consiste en averiguar : 1.º Si el alumno tiene ó no *la aptitud* necesaria para *ciencias* ó para *artes*.

2.º En determinar luego *su especie*, sin olvidar la necesaria concurrencia de otras aptitudes *morales*, *instintivas* y hasta *físicas* para el íntegro ó parcial ejercicio de la profesion que se eligiere.

No olvideis, en este examen, que hay muchos que se elevan sin toda la aptitud intelectual que consta por sus títulos, como muchos que viven oscurecidos é ignorados, por no tener el arte de darse á conocer.

Hasta aquí, las reglas generales que nos pueden guiar en la indagacion de los ingenios, cuando por su propia virtud no se descubren. Mas, ¿qué deberá hacerse, si con espontaneidad se manifiesta alguno de estos y se le vé abanzarse agudo y brioso en su carrera?

¡Ah! Entonces dejad que abra sus alas y las tienda: no temais su ofuscacion, su desaliento ó sus caidas, por mas que con vuelo altanero se remonte.

Sabed que en la conformacion y la estructura de su sér tiene como marcadas previamente las regiones en que ha de volar sin estraviarse: su propia sagacidad y la íntima conciencia de sus fuerzas le dirán por dónde ha de surcar en los espacios que son de su dominio.

No le abrumeis con todos los preceptos, consejos y doctrinas que necesitáren los demás: dadle, tan solo, las reglas que le basten para que conozca los escollos que otros, en su caso, no evitaron.

Decidle, finalmente, que la gloria no es completa ni perfecta sino con la muy honrosa y privilegiada bendicion de los que tambien aspiran á ella.

Inútil es, lo sabemos, dar consejos á la timidez, como al valor, cuando una ú otra de estas cualidades imperan con todo su poder en nuestra alma. Sabemos que, ni escoltado, respirará tranquilo el miedo, y que ni á solas estará ocioso el valor: que vivir es resguardarse para aquel,

como para este el luchar al raso con denuedo : que solo en la paz goza el cobarde, como en la guerra el temerario : pero, si con temple feliz y equilibrado, escuchare el ingenio los consejos que la prudencia puede darle, decidle que: entre la sosegada estimacion de muchos hombres, ó la entusiasta admiracion de algunos pocos, acepte, agradecido la primera, sin echar de menos la segunda.

¡De qué le ha valido á un hombre su talento si, con él, no se hizo, por lo menos, estimable; ó si, á vuelta de efímeros aplausos, solo pudo despertar la envidia ó el rencor de sus contrarios!